

OCTAVIANO VALDES

Nació en Cacalomacán, Estado de México, el 19 de marzo de 1901. Murió en 1991.

Humanista, historiador. Académico de la Lengua, publicó pocas pero valiosas obras que alternó con su labor apostólica. Entre ellas tenemos: *El prisma de Horacio* (1937); *El Padre Tembleque* (1955 y 1961); *El pozo de Jacob* (1933); *Poesía neoclásica y académica* (1946); y otros estudios de crítica literaria. Colaborador de *Ábside* y de varias revistas literarias.

Fuente: Octaviano Valdés. "Fray Francisco de Tembleque", en *Ábside*, v. 4, núm. 12, diciembre de 1940, p. 19-30.

FRAY FRANCISCO DE TEMBLEQUE

El acueducto ya casi acaba de realizar el salto increíble. Cada nuevo pilón echado al fondo de la barranca, demuele los últimos prejuicios de los opositores; cada arco que se lanza al espacio avienta el nombre del frailecillo, hacia todos los rincones de la Provincia del Santo Evangelio. La incredulidad anterior, vencida ya, está dispuesta a acoger el cuento de las realidades y también de las fábulas, con que principia a nimbarse la persona del P. Tembleque, quien ahora tiene frecuentes visitas de laicos y religiosos, que se desvían de su camino so pretexto de descansar, haciendo noche allí; pero la verdad, atraídos por la renombrada obra del acueducto, el género de vida que lleva su constructor y la historia del misterioso gato.

Aunque en sus adentros, dolíanle ahora más al P. Tembleque los elogios de la curiosidad satisfecha que las diatribas de las desconfianzas antiguas, a todos recibía su corazón caritativo participándoles de buen grado su hospedaje extremadamente pobre.

Desde que llegó de la Península al convento de Tlaxcala. Fray Jerónimo de Mendieta había alimentado vivos deseos de conocer a ese hermano suyo en religión, de quien tanto se decía. Investigador nato, con la idea aún muy borrosa de ser el futuro cronista de la obra apostólica realizada por los grandes varones de la Orden de San Francisco en esta Nueva España.

tiene empeño de cerciorarse por sí mismo acerca del fraile célebre.

En la primera oportunidad, sale muy de madrugada de su convento y llega a Santa María de Belén con los rayos oblicuos del poniente.

El P. Tembleque, al verlo llegar, interrumpe la catequesis que al aire libre dirige a los indios. Es grande la sorpresa de Fray Jerónimo, pues en su imaginación traía pintada una estatura recia y poderosa, que armonizara con la fuerza de los arcos que tiene a su lado, y en cambio, se le acerca un hombrucillo que al descender la pendiente de la barranca, afirma precavidamente el pie, como si temiera ser lanzado por el suave relente de la tarde. Más se le acerca y más se le disminuye aquella figura perdida en el hábito de color indefinible, que en sobrados pliegues se le pega al cuerpo ceñido por la cuerda, Fray Jerónimo no aparta la vista de aquella figura color de tierra, color y forma de reseco matojo humillado por el relente de la tarde.

—¿De Tlaxcala decís? —habló el P. Tembleque después del mutuo saludo—: Llegad con Dios a vuestra casa, hermano mío. Rudo camino, aun para rendir a mozos como vos. —Fray Jerónimo andaría por los treinta y cinco años—. Reposaos, en tanto que yo termino la tarea con estos buenos hijos.

Frailuco interesante, extraordinario, loco —piensa Fr. Jerónimo al quedarse solo en la celda—. ¿Cómo era posible vivir sin amparo de todo medio civilizado, en aquella habitación toscamente enjalbegada, sin más objeto en que descansara la vista que una cruz de palo, piso de tierra, y que sólo ofrecía a los miembros rendidos unas tablas sobre bancos? Por un ventanillo sin puertas se colaría el aire a su sabor. El resto del mobiliario era una mesa —sobre la cual estaba un viejo libro de Horas, la Biblia y algún otro volumen—, el banco que él usaba cuando leía, y uno más para sus visitantes. ¡Santo! Imposible que no lo fuera, quien se acompañaba únicamente de la pobreza... ¡ah!, y del gato pardo, cuya fama corría parejas con la de su amo.

Fray Jerónimo se asomó a la puerta. Un centenar de indios, hombres y mujeres con sus crías, escalonados en la ladera, estaban pendientes del P. Tembleque, que hablaba con los labios y las manos expresivas.

Súbitamente absorto quedóse Fray Jerónimo ante aquel cuadro de belleza incontaminada. Allí está Cristo por cuya boca

las aves del cielo y los lirios del campo hablan otra vez el lenguaje de los simples. La gloria del Padre celestial circunda el grupo de indios pobrísimos, creando para ellos solos el crepúsculo. Bienaventurados los mansos, porque ellos son los verdaderos poseedores de la tierra, que les endurece las manos a fin de que resistan la entrega de su dádiva robusta, y les encallece los pies desgarnecidos, para que no tengan menos que los jumentos, cuyos cascos se apoderan de los pasos ariscos, sin resbalar ni sangrar. Para ellos se afelpa la áspera tierra con oros y escarlatas, y el último sol, precipitando a su llamada muchedumbre de tintas, les dibuja el paraíso en los ojos de cada uno, mientras están pendientes contemplando el otro que lleva en los suyos el P. Tembleque. Ellos son los dueños de la hora crepuscular, no los fantasmas lujosos que se pudren en sus salones mullidos de alfombras, para aliviar sus piernas gotosas.

Un canto final cierra la explicación catequística. El coro de aquellas gargantas broncas se transforma en melodías purísimas, al traspasar los oídos extáticos de Fray Jerónimo. Le parece que vienen de arriba; del crepúsculo, que suelta sus colores en transparentes cuerpos de sonidos. Vienen de arriba: ¡Paz a los hombres de buena voluntad!

Seguido de su auditorio, el P. Tembleque se dirige a la ermita a recitar el rosario.

Una gran paz ablanda las líneas de la tierra quebrada y pedregosa. Río de paz que adormece largamente el corazón fervoroso de Fray Jerónimo. Prolongado paladeo de aquella íntima bienaventuranza.

Las primeras estrellas en el firmamento.

Después de un buen rato, él también se encamina hacia la ermita. Un hedor de cuerpos que han sudado todo el día le asalta al tocar el dintel. Hedor espeso, óptimo para curar el afeminamiento del olfato. Se devuelve, y penetrando por la sacristía va a arrodillarse al presbiterio. Dos tísicas velas luchan contra las sombras. Pronto, su pensamiento se rinde, se le pierde en la pesadez de aquella atmósfera fétida, que hace un todo estridente de rezos, cánticos, chillidos de las crías y ladridos de un perro.

Y esto, mañana y tarde —alcanza a pensar—; y no un día, sino años; iban ya casi cinco. Sin embargo, el P. Tembleque, dentro de su ermita de Santa María de Belén, recita y canta

con tanto contento de voz, como un juglar que perfumara sus rimas en el estrado de una reina.

Se apagan las voces y las llamitas del altar. Los frailes se encaminan a la habitación. Con un goloso bocado de aire fresco y limpio de la noche, recupera su juventud Fray Jerónimo.

Un gran gato pardo

Sentados el uno frente al otro, dialogan. Una vela de grasa de buey les alumbraba débilmente el rostro. El cuerpo robusto de Fray Jerónimo, proyectando su sombra contra la pared, parece ocupar toda la habitación; pero en realidad, la llenan los brillos de la vela que se devuelven regocijados de los ojos del P. Tembleque, y la luz de marfil que despide la palidez de su rostro blanco, domado por el sol.

—Me habían dicho que vuestra lengua no era muy expedita en el uso del náhuatl, pero he comprobado que os dais a entender a los indios mejor que muchos maestros.

—Los que tal afirman están en lo justo —respondió Fray Francisco—: estos pobres indios con poco se contentan; pero hacedme subir a un púlpito para hablar con toda la policía que exige la palabra de Dios, y oiréis de mí sermones aprendidos de memoria.

—¿Es cierto que por la dificultad en el aprendizaje de esta lengua queríais regresar a España?

—Así fue, pero gracias a la ayuda del buen Padre Fray Juan de Romanones, gran lengua y predicador, y sobre todo a una merced especial de Dios que yo considero como milagro, adquirí el caudal indispensable.

—¿Creéis que un milagro?... ¿Por qué no habría de realizarse en quien, como vos, estaba destinado al cumplimiento de obra tan caritativa, si en mi pobre persona se ha realizado también?

—Me tentáis de vanidad, hermano mío.

—Padre, digo la verdad. En cuanto a mí, algo semejante me acaeció. Nuestro santo guardián, Fray Toribio de Motolinía, mucho y con mucha paciencia me ayudó, mientras estuve en Tlaxcala; pero estoy persuadido de que más bien adquirí la lengua por milagro que por industria humana.

—Yo sé que habláis tan milagrosamente que, cuando subís al púlpito, os expresáis en la lengua de los indios con tal ele-

gancia y claridad, que ponéis admiración. Mucho holgarían en vuestra palabra, si se la dirigierais mañana a la hora de vuestra misa.

—Estoy deseoso de complaceros, padre mío. Os decía que pidiéndole a Dios con oración continua la inteligencia de la lengua, me sucedió en el convento de Tlaxcala, sentir haberme sido concedido de Dios este soberano don; porque aunque la aprendía con mucho cuidado, me pareció cierto día que mucha de ella, jamás leída, ni oída, comenzaba a venirme a la memoria *per quoddam reminisci*, por un especial recuerdo, como de cosa ya sabida. Merced tan grande que me deja confundido, considerando mi defecto de ser —según habréis notado sin que os lo diga—, muy tardo de lengua, de modo que por ello me veo impedido de predicar a los españoles.

En efecto, Fray Jerónimo hablaba despacio, buscando la palabra y con cierta vacilación de tartamudeo.

Una sombra de animal se asomó al dintel. Fray Francisco, que está vuelto hacia allá, al verlo le hace un llamado chasqueando los dedos. El P. Mendieta voltea la cara y se encuentra con el misterioso gato, amigo de su compañero, quien sonríe advirtiéndole la expresión curiosa, y se golpea a palmas el muslo, llamando nuevamente al gato. Este mira al desconocido, como receloso de su presencia, y poco a poco se va acercando a su dueño precavidamente, hasta que de un salto se le trepa a las piernas para recibir sus caricias y de allí a la mesa. Después de arquear perezosamente el lomo, se acurruga y contempla a uno y otro interlocutor, como queriéndose interesar de su diálogo. Sus retinas, con entrañas de turquesas insomnes, emiten finos taladros luminosos. Un hermoso ejemplar de felino, muy desarrollado, el color pardo del pelo de un pulido brillante acabado de lavar. Gato ilustre, que hubiera podido ser bello holgazán mimado sobre el tapete de una sultana. Aquí, en cambio, es un obrero como cualquiera de los del acueducto; cumple su deber buscando el sustento para sí y para su amo.

Fray Jerónimo nada interroga acerca de él. Su instinto crítico, tal vez, le frena la curiosidad, prefiriendo la espera de los hechos.

—Contad, Padre —dice—. ¿Es cierto que el nivel de las fuentes de donde mana el agua es más bajo que el de Otumba?

Quizás al gato le pareció de poco interés esa historia que

él había vivido, porque luego entornando los párpados, se entregó a benéfico ronroneo.

—Eso ha creído la gente, influida por los que se empeñaron en estorbar la obra; pero estad seguro de que sin necesidad de milagro, el agua ha venido resbalando por el caño. Hice primero varios recorridos entre ambos términos, ensayé cálculos sencillos, y llegué a la certidumbre de que el agua podría venir hasta Otumba. Sobre todo confié en Dios.

—¿Pero qué ayudas habéis usado? —El ronroneo bordoneaba entre el diálogo, confiriéndole mayor plasticidad.

—Ya os lo acabo de decir, primero la de Dios, después la de estos buenos indios sufridísimos y diestros, especialmente los de Otumba, entre los cuales hay muy hábiles cortadores y talladores de piedra. Esto estaría terminándose, si no fuera por los “repartimientos” que se han hecho de los indios, para obligarles a trabajar en las haciendas, alegando que de otra manera se quedarían sin quienes las labraran. Lo cierto es que hay mucha codicia, porque los de Otumba, aun cuando ya estaban construyendo su acueducto, se alquilaban libremente.

Fray Jerónimo, temperamento brioso y enérgico, desde llegado a la Nueva España, tomó apasionadamente la defensa de los indios. La queja de Fray Francisco lo pone en hervor, y un enjambre de acusaciones le estimula la lengua en contra de sus compatriotas, de quienes solía acordarse para vituperarlos.

—Decís bien, ¡codicia! El repartimiento que de ellos se hace les da probatísima ocasión para que aborrezcan la ley de los cristianos. ¿En qué razón cabe, que habiendo recibido ellos la ley que profesamos, en lugar de acariciarlos los esclavicen, pues el servicio a que los compelen no es otra cosa que esclavonía? ¿En qué razón cabe que los que fueron señores naturales de esta tierra, algunos reyes, aprendan oficios para poderse sustentar, porque no tienen quien les labre la tierra, y que las nietas de estos mismos señores anden por los mercados granjeando alguna miseria de que puedan vivir, y ellas mismas se amasen sus tortillas y vayan por el cántaro de agua, porque no alcanzan un indio de servicio, y que los villanos venidos de España, y las mujeres que allá hubieron de servir de mozas de cántaro, quieren que de barato se les den indios de servicio y de por fuerza?

El gato engrosó el ronroneo, como si quisiera ensordecerse para no oír el cuento de aquellas indecencias.

Fray Francisco, temeroso quizás de haber afirmado más de lo justo, siendo con ello causa de la reacción un tanto exaltada de su compañero, intenta aprovechar una pausa para interrumpirlo, pero sin lograr nada, porque aquél lo arrolla con un nuevo torbellino de frases que saltan, por su defecto natural de pronunciación, con las sílabas declaradas en motín.

—Hacen ir al indio al repartimiento —prosigue— por ocho días, y lo retienen treinta. Y el día que pare su mujer sobre la tierra por cama, o cuando mucho en una estera, lo obligan a servir al extraño, y cuando vuelve la halla muerta a ella y a la criatura, por falta de quién le diera de comer y beber. ¿En qué buena ley cabe que cuando el indio está enfermo y le dice al español que no puede trabajar, éste le responde que miente como perro indio? Y si está convaleciendo, así lo hacen ir al repartimiento, aunque en el camino tenga de acabar la vida, porque no pudiendo caminar de flaco y desventurado, diez o doce leguas, le dan con un verdascón que le hacen atrancar más que de prisa. . .

De vez en cuando el felino, abriendo los párpados, con sus dos pequeños faros raya la penumbra.

En los labios del P. Tembleque se ha ido pintando una sonrisa de simpática comprensión, hacia el entusiasmo radiante de su compañero, aún relativamente joven. Desde aquella tarde en que, a la orilla del jagüey, las patas amenazadoras del caballo sólo consiguieron acicatearle la cólera, han pasado muchos años de sufrimiento. Su alma, a través de recios filtros de contradicción, ha aprendido a valorizar serenamente tiempos y situaciones, y ha descubierto la sabiduría de la perfecta caridad. Su sangre pacífica fluye bajo el ritmo de su voluntad, enérgicamente modelada. No hay para él culpa ajena sin disculpa. Aprovechando un tropiezo de lengua de su interlocutor le ataja la palabra:

—Algunas demasías, muchas quizás, habrá habido por desgracia, pero que bien se explican, sin embargo, considerando que no a todos los que de allá vienen se les puede pedir desinterés apostólico en favor de los indios, como a nosotros relitolerarse, mientras los españoles se arraigan en la tierra, obtiene Su Majestad sin peninsulares, y las veríamos volver a la barbarie antigua. Nadie vendría, si no esperara riquezas a trueque de los muchos riesgos. Aunque esto de los repartimientos se presta a abusos, que hay que vigilar y denunciar, es de giosos. Sin alicientes de fortuna se quedarían estas tierras de

niendo de ella buen fruto con la ayuda de los indios. Por otra parte, si hay españoles codiciosos y crueles, en Otumba como en Zempoala, los he conocido también muy buenos cristianos.

—Cristianos a medias —insistió Fray Jerónimo.

Un indio llegó trayendo un oloroso asado de liebre, ensalada de yerbas y tortillas de maíz. El P. Tembleque dividió el asado entre su visitante y el gato, y él se contentó con un poco de yerbas.

—Bien —dice tras la breve colación—, es hora de que os recuperéis del largo camino. Cierto que el lecho es poco amigable, pero para vuestra fatiga y a vuestros años, no hay cama dura.

Tras los últimos rezos, obligó a su compañero a ocuparla, y él se tendió en el suelo sobre un patate.

A pesar del cansancio, el sueño se le resiste a Fray Jerónimo en aquel albergue tan rígido, con el fresco de la noche que se paseaba libremente por la ventana sin hojas y la puerta sin cerrar.

—Aun en invierno —se atreve a preguntar después de un rato—, ¿dormís con la puerta abierta y la ventana sin resguardo?

—Sí.

—Moriréis de dolor de costado.

—Moriría más bien de pena, si, durante la noche, no contemplara tanta belleza de estrellas en el cielo.

Al despuntar el alba disponíanse a salir de la habitación a celebrar misa, cuando otra vez el gato, ausente desde que se acostaron, apareció en la puerta trayendo entre las fauces un conejo. Soltó la presa en el suelo y maulló a manera de saludo. Fray Jerónimo, sin palabras, esclavizados los ojos por el gato milagroso, le seguía cada uno de sus movimientos. El gato saltó a la mesa disponiéndose a disfrutar un sueño, tras el cumplimiento de su oficio cotidiano. Pero el P. Tembleque, acariciándole el lomo, le dijo:

—Hermano gato, un huésped nos ha venido, y así será necesario que busquéis otra liebre.

El animal, como si protestara su derecho al descanso, se estiró sobre los cuartos traseros y maulló lastimeramente.

—Tenéis que usar cortesía con los visitantes —añadió el P. Tembleque; y tomándolo entre las manos lo puso nueva-

mente en la puerta. Otro maullido quejumbroso se perdió en la oscuridad.

Por el asombro creciente seguía mudo Fray Jerónimo, quien, ante aquella escena desarrollada con tanta sencillez, se creía transportado a tiempos en que, bestias y eremitas, convivían en santa fraternidad.

—¿Luego es cierta la historia del gato? —habló al fin—. ¡Milagroso animal! Sin embargo —añadió recapacitando un momento—, no se maravillará de esto quien supiere las grandezas de Dios: cómo un cuervo traía de comer a San Pablo, primer ermitaño, y una cierva iba diariamente a dar leche a San Blas, a la cueva en donde hacía penitencia.

—Ponderáis con demasía un hecho llano en sí. Dios depuró este fiel compañero, diestro en la caza, a su inútil siervo, a fin de que sin la preocupación del pan se dedicara libremente a su obra. De lo cual le doy gracias rendidas.

—¿Cada cuándo y a qué hora realiza su tarea?

—Todos los días se ausenta de noche, y se presenta al primer mensaje del alba, con el socorro que nos sustenta a los dos: ya sea de codornices o liebres y conejos, según el tiempo.

En efecto —piensa para sí el P. Tembleque mientras escucha a Fray Jerónimo, que explica el evangelio de la misa—, Dios lo ha destinado a evangelizar indios, no españoles. ¡Qué manera de cautivarlos y con qué galanura de palabra!

Al salir de la ermita, los indios rodean a Fray Jerónimo. Después de haberlo oído, le han entregado su confianza. Nadie que no los amara —lo sienten íntimamente— poseería su propia lengua con tal perfección. En el calor de su mano, al besársela, entienden ellos el cariño que les tiene.

El sol encima del horizonte; mañana clarísima; cincelados los perfiles de los montes. Cada molécula del aire, puro y fino como plata sutil, repica de alegría. Los sentidos de Fray Jerónimo palpan un corazón en todo objeto. Rica y hermosa la vida para regarla a diestra y a siniestra, como el derrochador del P. Tembleque, que lleva tres lustros de incansable faena de amor.

Al acercarse Fray Jerónimo a la habitación a tomar un poco de leche de cabra —su compañero había perdido la costumbre de desayunarse—, se encuentra con el gato que llega de su segunda cacería, trayendo otro conejo entre los dientes. Observa que los indios dejan pasar al animal con la misma

indiferencia con que se veían unos a otros desempeñar la rutinaria tarea de tajar piedras y ajustarlas en los arcos. A él, ahora, casi le parece también todo esto lo más natural. ¿Qué tenía de extraordinario tal detalle, dentro de la vida de ese hombrecillo que se había salido con su locura, fuera del mundo empobrecido de recursos, a fuerza de tanto prever y calcular?...